

## **Simone y yo**

Oralba Castillo Nájera

**E**n mi vida he tenido el placer de contar con Simone de Beauvoir, personal y políticamente me siento alentada por sus ideas de libertad y compromiso.

Afirma Simone que una existencia narrada refleja/encarna a todas las demás. Principio del existencialismo: la existencia individual impacta a la humanidad. En esta dialéctica me encuentro reflejada en ella.

Conocí a Simone de Beauvoir en la Facultad de Filosofía y Letras, en los años setenta, cuando el 68 barría los valores liberales tendiendo en el horizonte la revolución al alcance de la mano. La represión contra el movimiento estudiantil puso sobre la mesa la discusión de la lucha armada.

Y allí estaban Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre apoyando la insurrección del pueblo argelino. Simone difundió, en sus memorias, la situación de Dujmila Boupacha, combatiente miembro del Frente de Liberación Nacional y virgen, hasta que los colonizadores franceses le encajaron una botella en la vagina.

Simone y Giselle Halimi la defendieron. El juez exigió a madame de Beauvoir sustituir la palabra vagina por la palabra vientre. Simone se burló de la doble moral. A los jueces no les mortificaba que se torturara a las argelinas, siempre y cuando no se mencionara: ¡jamás!

La ética de Simone fue compañía para descubrir la trascendencia social e histórica de mi situación: mujer, madre, divorciada, estudiante de filosofía y maestra en una universidad particular, que me daba lo necesario para subsistir. Me recuerdo en mi pequeño departamento en la colonia Roma preparando clases, estudiando a Simone, a Sartre, a Ernesto Guevara y a Marx, cuatro pilares para orientar mi existencia.

En los pasillos de la facultad compré la foto del comandante Guevara encendiendo la pipa a Jean Paul Sartre, a su lado está Simone con turbante y mirada de águila serena. El anticolonialismo y la defensa de los países considerados del Tercer Mundo hicieron de la pareja símbolo de esta lucha,

que tanto me interesaba. Sin embargo, se estudiaba, entre los activistas, a Jean Paul Sartre.

Simone fue retomada por el incipiente movimiento feminista que hizo su aparición en la UNAM, en los años setenta. La bandera de las mujeres causó desconfianza. Cercanas al movimiento de los Estados Unidos, los primeros grupos feministas reprodujeron vicios pequeño burgueses, que chocaban con las concepciones de la izquierda en la que me inserté.

Estrené mi militancia, bailando en el Riviera "Oye Salome, perdónalo, perdónalo...", tuve suerte de pertenecer a un grupo rebelde, que soñaba con revolucionar la vida personal y la situación histórica de raíz. En nuestras reuniones se estudiaba con pasión, éramos activistas y pachangueros. En las fiestas cantábamos la Internacional con envidia y bailábamos con los Doors, Sweet Susana. Nos saludábamos con el ¡Salud!, de las novelas existencialistas.

América Latina despertaba esperanzas, la presencia de Salvador Allende en nuestro país causó revuelo: "Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción, hasta biológica", declaró el presidente socialista de Chile.

Mi entusiasmo existencialista me lanzó a leer a Simone, a quien comentaba con las amigas; entre nosotras la llamábamos "la amiga-cómplice". Nos fascinaba la pareja en libertad que formaba con Jean Paul, la cual crecía en sus libros de memorias. Cada una de las amigas, a su manera, intentamos formar parejas semejantes. La de malas, ellos no eran Sartre ni nosotras Simone, sin embargo, fue hermoso incursionar por caminos de autenticidad y compañerismo. Ejercer el derecho, hasta entonces exclusivo de los varones, de separar sexo de amor. Simone y las amigas espantaban culpas y barrían prejuicios.

De golpe, la guerra de Vietnam se hizo nuestra. En Europa se constituyó el Tribunal Russell; Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir formaron parte del juicio que declaró la intervención de Estados Unidos en Vietnam, crimen de guerra.

En 1973, el golpe de estado en Chile fue señal de alarma. En México, la guerrilla fue emboscada, el 2 de diciembre de 1974 cayó Lucio Cabañas. En secreto la guerra sucia desplegó sus alas de buitres. Fueron derrotados montoneros en Argentina y tupamaros en el Uruguay. La diáspora latinoamericana llegó a México en busca de refugio. Exilio forzado y masivo. La aparición y avance del fascismo en las tierras del Sur ocuparon a las izquierdas universitarias; Althusser, Foucault y Bachelard se sentaron en los salones de clase, auditorios y cafés.

El feminismo impactó, la revista *Fem.* daba noticias de Simone de Beauvoir festejando años de vida o publicaba la famosa entrevista a Jean Paul sobre el machismo del escritor. Para entonces la pareja Sartre-Beauvoir se consolidó en fotografías que los mostraban embajadores de la Francia rebelde. Ella con turbante, él con pipa, ella alta, él chaparro, ambos dispuestos a hablar, opinar, escribir. El prólogo de Sartre a *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon fascinó por la defensa a la insurrección popular, quedaron grabadas sus contundentes ideas: “Puede decirse que todo movimiento popular al rechazar el pretendido liberalismo burgués, es afirmación de un acto de libertad”.

En la revista *Tiempos modernos*, de la que Simone era centro, se daban a conocer torturas, testimonios de musulmanes perseguidos. Denunciaba toda forma de colonialismo, explotación y opresión. De Gaulle desató campañas en contra de los firmantes del Manifiesto de los 121, que se pronunciaron a favor de la insurrección argelina. Algunos firmantes perdieron su trabajo, otros fueron llevados a la cárcel.

Simone y Jean Paul retornaron de su viaje a Brasil y Cuba, y se encontraron que en París se gritaba: ¡Muera Sartre! ¡Argelia para los franceses! ¡Sartre es la nada, no el ser!

Un grupo de extrema derecha puso una bomba en el edificio donde vivía Sartre con su madre, afortunadamente estaban fuera. Estalló otra en la tienda cerca de donde Sartre y de Beauvoir se refugiaban. Un grupo de estudiantes se ofreció a cuidar la casa de Simone, Jean Paul llamó a una rueda de prensa, ambos se declararon responsables de los 121. Si sus compañeros estaban presos, exigían estarlo con ellos. De Gaulle, respondió: “No se mete a la cárcel a Voltaire.” Batalla ganada. El doble rasero de la moral burguesa quedó a la intemperie.

Los ardientes años setenta finalizaron con el triunfo en Nicaragua del Frente Sandinista de Liberación Nacional: ¡Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá! ¡América Latina por tu liberación! Eran consignas emocionadas que vitoreábamos en auditorios y calles.

Me fui a vivir a Morelia contratada por la Universidad Nicolaíta. Con mi hijo, me instalé en la *ciudad de los párpados rosas*, como la llamó Neruda. Mi militancia se profundizó.

El fascismo en América Latina y la guerra sucia en México nos lanzaron a la edad de la razón, atrás quedaron los años de anarquismo. Se impuso una disciplina teórica y praxis colectiva que concreté en trabajo con y para los refugiados de América Latina.

En los primeros meses de los ochenta, tuvimos noticias de la enfermedad de Jean Paul Sartre, casi había perdido la vista y padecía de presión arterial alta. Tras una enfermedad larga y penosa murió el 15 de abril de 1980, su deceso estremeció.

¿Quién iría a pensar por nosotros? El mundo se hacía un poco más pequeño sin él. Su funeral fue un acontecimiento estremecedor. Jóvenes, sobre todo, trepados en árboles, faroles o mausoleos en el cementerio de Montparnasse dieron sentido adiós al escritor. Simone envejecida, cubierta tras lentes negros y con su distintivo turbante, despidió a su compañero.

En los ochenta el horizonte revolucionario sufrió otro revés. La insurrección indígena popular de Guatemala fue masacrada; Nicaragua, invadida por los “contras”, contrainsurgentes pagados por gringos, lo que, sumado a las contradicciones políticas y morales del FSLN precipitó su derrota. En El Salvador, el suicidio del comandante Marcial y el asesinato de la comandante Ana María, a manos de un compañero del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, estremecieron las conciencias. Algo anda mal.

Regresé a vivir a la Ciudad de México, dejando la bella Morelia, tras una huelga organizada por los estudiantes de la Nicolaíta contra los porros (grupos de choque pagados, la mayoría, por el estado para controlar o reprimir movimientos populares). La huelga alcanzó niveles de violencia, como forma de atacar el cambio de planes de estudio marxista que impulsábamos, a los porros les dio por pintar mi nombre en la Ciudad Rosa, llamándome puta. Lo insólito fue que mis colegas en huelga no se indignaron por el insulto, les pareció que lo merecía. La historia es larga, sólo diré que un maestro casado se enamoró de mí y tuvo la osadía de separarse de su esposa e hijos para estar conmigo. Viví la experiencia en plenitud, mi formación evitó que tropezara con prejuicios moralistas que me hubieran paralizado. Acepté amar fuera de las reglas permitidas, mucho influyó la pareja de Sartre y Simone, construida a contracorriente de la moral burguesa, mostrando, al mismo tiempo, una ética auténtica y en libertad. Este acto, en una provincia como Morelia, sacó los demonios de la beatería, incluyendo a mis “compañeros” marxistas.

Las terapias con amigas, la presencia de mi hijo y los consejos de Simone de Beauvoir transformaron el estupor en rabia, fuerza y alegría.

En 1982 apareció su último libro, *La ceremonia del adiós*, que le valió críticas severas. En sus páginas aparece Jean Paul enfermo, incontinente, ciego, alcohólico, necio, decadente. Beauvoir dedicó el libro “A los que amaron, aman y amarán a Sartre”. Detrás de este testimonio se cerró un mito, quedó

enterrado el paradigma de la pareja perfecta formada por Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Nada se sabía del Castor (nombre cariñoso de la Beauvoir) a quien se suponía liquidada sin Jean Paul.

El agua de la historia siguió corriendo, en América Latina, ascendieron al poder tecnócratas educados en Harvard. En México, Miguel de la Madrid firmó el Plan Brady: la riqueza de las naciones soberanas giró a la derecha amarrada a la economía de los Estados Unidos, instaurándose la fase de la neocolonización, bautizada neoliberalismo.

El 14 de abril de 1986, murió Simone de Beauvoir; el feminismo la recordó avanzando del brazo con Giselle Halimi, Françoise Sagan, Catherine Deneuve, Simone Signoret, Marguerite Duras y Colette Audry alzando pancartas con la consigna: ¡Yo aborté! La manifestación llamada por los conservadores la de las 343 putas, las hizo reír con ganas. Lograron que el aborto fuera permitido en Francia.

Acongojada la izquierda, derrotada en Nicaragua, El Salvador y Guatemala se replegó al tiempo que la embestida reformista impulsó la firma de acuerdos y negociaciones entre estados y movimientos guerrilleros. Se pregonó el fracaso de la lucha armada. No había más que las urnas para dirimir diferencias.

En los años noventa se volatizó la URSS, el Tío Sam decretó el mundo unipolar, se declaró la defunción de la lucha de clases, los nacionalismos fueron duramente atacados: obstáculos para el desarrollo del mercado global. De la oscuridad de las cuevas mexicanas emergió el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el mismo momento que se firmó el Tratado de Libre Comercio.

Un nuevo sujeto social beligerante y digno ocupó la escena pública, los movimientos indígenas pusieron sobre la mesa su carga de contradicciones antiguas. Lejos de estos acontecimientos quedó Simone. El mismo Sartre parecía envejecer bajo el peso del nuevo siglo. Tanto el Castor como Jean Paul, en reiteradas ocasiones, afirmaron morirían con su época. Parecía que se cumplía su profecía.

Con entusiasmo asistí a la Convención Nacional Democrática convocada por el EZLN, mi responsable político no quiso acudir, criticaba ácidamente a la sociedad civil. Insistí, fuimos expulsados de la CND, la prensa nos señaló como gente del PROCP-PDLP (Partido Revolucionario Obrero y Campesino del Pueblo-Partido De Los Pobres), según ellos, veníamos a romper a balazos la convención. En la confrontación fuimos derrotados. Un grupo del POS-Z (Partido Obrero Socialista Zapatista) y el TAI (Taller de Arte e Ideología),

nos vimos obligados a salir de San Cristóbal huyendo de la policía. No nos repusimos del golpe. Pocos meses después, y treinta años más tarde de mi iniciación en la militancia salí vomitando negro. En medio de la crisis, Alberto Híjar, líder del TAI y secretario general de la dirección nacional del Partido Izquierda Democrática Popular-IDP, cínicamente se presentó a las reuniones del colectivo de dirección nacional, con otra mujer, haciendo papilla a su compañera de vida. Un mínimo grupo tomamos partido por la mujer rota. Chocamos con la incompreensión de la izquierda que solapa el maltrato a las militantes.

Volví a Simone de Beauvoir, esta vez por invitación de la editorial Itaca para festejar los cincuenta años de *El segundo sexo*. Reencontrar a la amiga Simone fue un placer, tomada de su mano escribí mi renuncia a IDP denunciando la inmoralidad machista que habita en su seno. Carta de defunción de mi militancia partidista.

Un día, apareció el libro *Memorias de una joven perversa*, de Bianca Bienenfeld, quien, destemplada, insultó a Simone llamándola lesbiana, calculadora, manipuladora, egoísta, inmoral. Bianca contó su historia: amante simultánea de sus maestros, Simone había influido en Jean Paul para que la abandonara cuando estalló la Segunda Guerra. Bianca era judía y corría peligro. Acusó a Simone de andar, por entonces, entretenida con sus dos niñas: Olga Kosakiewicz y Natalia Sorokine, también con Bost, esposo de Olga. Bianca se casó, tuvo hijos y quedó viuda. Buscó a Simone cuando murió Sartre, la encontró alcohólica y llorosa. Cuando Bienenfeld le reclamó el que la hubieran abandonado, el Castor meneó la cabeza y dijo: "Qué ligeros fuimos, qué ligeros." Simone había prometido jamás revelar en sus libros su verdadero nombre, pero al morir dejó especificado a Sylvie Le Bon, su hija adoptiva, que publicara su diario de guerra, la correspondencia con Sartre y las cartas a Nelson Algren, donde aparecen los nombres reales de sus amores contingentes. Por su parte, Arlette Elkaim, hija adoptiva de Sartre, publicó la correspondencia de Jean Paul con Castor y el diario de guerra del filósofo. El material, explosivo, revela las redes subterráneas de la famosa pareja. Amantes simultáneas, tríos y cuartetos, complicidad sin límite. Ambos leían las cartas de sus respectivos amantes, no tenían secretos, la transparencia que juraron en su contrato de amor permaneció fiel a sí misma. Bianca al ver su nombre en los documentos póstumos, se animó a denunciar a su "pervertida" maestra. Contó detalles que Simone y Sartre *post mortem*, exponían abiertamente.

Leí la novela de Bianca Bienenfeld y me pareció rencorosa y amargada; así no se puede escribir. La coloqué junto a libelos: *La única*, de Guadalupe

Marín o *A calzón quitado*, de la Tigresa. Ese nivel merece una pseudo novela de escándalo sin valor literario ni moral.

Años más tarde, vino a apoyar a Bianca, Rosa Montero con su libro, *Historia de mujeres*, en el cual ataca a Simone. Me molestaron las acusaciones fáciles y sin sustento, como afirmar que de Beauvoir causó la muerte de Nelson Algren, siendo que este murió de un infarto en 1972 y la terminación de la relación con Simone se dio en 1964, efectivamente disgustado al leer *La fuerza de las cosas*, situación que ocurrió siete años antes de que Algren muriera.

Me extrañó que ninguna feminista retomara el guante y contestara. Yo me encontraba redactando un texto sobre los silencios impuestos en los grupos de izquierda, que afectan, en especial a las mujeres: *Desarmar el silencio* fue editado por Juan Pablos Editor, Itaca y el Colectivo Libertad a principios de 2005. Escribir me llevó a de Beauvoir y volví a reencontrar a la amiga que reconforta, ayuda a pensar y curar heridas. El machismo es una realidad en las izquierdas que corrompe y lastima. Debe desarmarse, acabar con la absurda idea de que, por el sólo hecho de ser militante, se liquida la lucha de sexos. Me nació el deseo de exponer casos concretos de desigualdad y maltrato de compañeras en las filas revolucionarias. Comprendí la posición de Simone, quien convencida de que la lucha de las mujeres debe ser paralela a la lucha por el socialismo, abrazó el feminismo en los años setenta.

En el 2006, Simone cumplió veinte años de muerta, pocas voces se levantaron en torno suyo. Parecía liquidada. Un año antes, en junio del 2005, el centenario de Jean Paul tampoco mereció grandes homenajes. Ana Cohen Solel dio a conocer un libro en el cual explica el silencio y olvido deliberado sobre el filósofo francés. Recién fallecido, dos revistas lanzaron campañas en su contra. Una preguntó: ¿Cuáles son los diez errores políticos de Sartre? Contestaron: su estadía en Berlín en 1933, el apoyo a la URSS en 1954, la defensa de la revolución cubana en 1960. *Combat* inquirió: ¿Qué ha ocurrido en París, a un año de la ausencia de Sartre? Respuesta: Nadie consulta sus libros, engendro de mala literatura y moral. Pensé, si insultan a Sartre, peor suerte le aguarda a Simone, “la señora de Sartre”, “la sartreana”, considerada su apéndice, literata menor etc, etc. Su testamento echó leña al fuego: bisexual, manipuladora, mentirosa, inmoral.

Insultos y abandono me llevaron a reaccionar a favor de Simone. Decidida a homenajearla, me comuniqué con Claudia Gómez Haro a la Casa Lamm, y mi propuesta fue aceptada. Desempolvé a de Beauvoir, co-

leccionada desde la universidad: *Memorias de una joven formal*, *La plenitud de la vida*, *La fuerza de las cosas*, *Una muerte muy dulce*, *Final de cuentas*, *La ceremonia del adiós*.

Regresaron ecos del pasado envueltos en recuerdos de luchas y reuniones con compañeros y amigas que despertaron el apetito de libertad. Busqué a Simone en librerías, hallé una biografía escrita por Analía Efrón y Luis Roca: *Simone de Beauvoir para principiantes*, editado por Era Naciente, Buenos Aires, contando en forma amena de comic la vida de Beauvoir, sin embargo, descubrí que casi no hay libros de Simone a la venta.

Sumé, a los libros de otros tiempos, los tesoros que compré a lo largo de estos años, los *Diarios de guerra* de Simone y Sartre, adquiridos en una librería de viejo en Buenos Aires; *Las cartas a Castor*, halladas a las afueras del Palacio de Minería; *América día a día*, comprada en el Corte Inglés de Madrid. Añadí *La correspondencia con Nelson Algren, un amor trasatlántico*.

No sabía por donde comenzar, las mesas de mi departamento lucían montones de libros acomodados según temas: memorias, novelas: *La invitada*, *Todos los hombres son mortales*, *La mujer rota*, *Los mandarines*, algunos ensayos, desde luego los dos tomos de *El segundo sexo*. Dieron inicio los hermosos tiempos de lectura: subrayar frases, anotar en cuadernos, abrir una página de word en la computadora destinada a escribir ideas, acumular datos e impresiones caóticas que una y otra vez se intentan ordenar, sin lograrlo.

El 12 de mayo del 2006, se llevó a cabo el homenaje a los veinte años de muerte de Simone. Coincidió el evento con una lluvia monumental que se unió a la marcha encabezada por el Delegado Zero (nombre del subcomandante insurgente Marcos, dentro de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona, —la cual hace un llamado al pueblo organizado y pide disculpas por el maltrato que estos grupos recibieron); la manifestación fue concurrida, debido al ultraje cometido por funcionarios del PRD, el PRI y el PAN contra gente de Atenco. A pesar de esta situación, la Casa Lamm se llenó de personas interesadas en Simone de Beauvoir. De inicio, y retomando el espíritu de Beauvoir, se leyó una carta de repudio a la violación que sufrieron las mujeres de Atenco y a la expulsión de compañeros calificados despectivamente de extranjeros, que fueron enviados a sus países de origen violando sus derechos humanos. Se circuló el comunicado para quien quisiera firmarlo. El homenaje adquirió tono de denuncia acorde con la homenajeada.

No he parado de leer a Simone, cuya inmensa obra es digna de atención, he redescubierto la relevancia que tiene su literatura y su praxis en el siglo



XX, lo compañera que es para comprender la existencia de la mujer, diría ella: la construcción cultural de lo que se entiende como mujer.

Hoy, cuando el tiempo ha devorado más de la mitad de mi vida, releo las frases lapidarias y justas que Simone acuñó para la vejez. Poniendo acento en las que corresponden a la mujer, afirma: La mujer entra a la sombra, mucho antes que los hombres. Se lamenta de la soledad a que la condena la sociedad cuando llega a una edad avanzada, comenta que Sartre aún experimenta amores contingentes con Lena Zonina, mientras ella lo acompaña a la URSS en plan de "tapadera", permitiendo que se amen sin que el partido se entere, razón por la cual está aburrida, sola, lamentando su vejez. Reflexiones acompañantes en el transito de la existencia. Es vigente.

En su centenario de vida, se ha publicado en español un estupendo libro de Hazle Rowley: *Sartre y Beauvoir*, de la editorial Bolsillo, que aborda a la pareja sin juicios lapidarios, con información exhaustiva, entrevistas a Claude Lazmann y a Sylvie Le Bon, entre otros, que permiten comprender la complejidad de la pareja. A este material se añaden los programas de televisión: *Los amantes del Café le Flore* y la serie, de dos capítulos, *Sartre, una pasión de vida*. A pesar de los errores y las críticas que se les pueden hacer, es importante que difundan la vida de estos extraordinarios personajes. Aplaudo que resucite la pareja paradigma del siglo XX de la cual mucho se puede aprender.

En estos tiempos de crisis de muerte del capitalismo globalizado y de crisis de vida del socialismo combativo, cuando se extienden sobre el horizonte nubarrones: hambruna, guerras imperiales, derechos humanos pisoteados, desesperante impunidad, tortura convertida en bochorno cotidiano, inmoralidad de casi todos los estadistas del mundo, la alianza entre el narcotráfico y los poderes fácticos son hechos vergonzosos y el amor, un bien escaso, releer a Simone y con ella a Jean Paul Sartre es un oasis que vale la pena poseer, darse el tiempo para gozarlos y aprender la vida plena que nos regalaron. Con ellos se puede resistir. Con ella resisto ●